

BRUNO MESA, *Argumentos en busca de autor*, Santa Cruz de Tenerife, La Caja Literaria, 2009, 223 pp., ISBN: 978-84-7985-305-1.

Dice Bruno Mesa, el artífice del libro *Argumentos en busca de autor*, que el filósofo neoyorkino Richard Rorty supo siempre explicarnos que los mejores libros de filosofía son los terapéuticos y no los constructivos, quizá —nos precisa Bruno Mesa— porque no hay nada que construir y sí mucho que aliviar. Dice además Bruno Mesa que la filosofía, como algo que nos evita el sufrimiento y nos explica como seres humanos, es una disciplina que tiene el mismo objetivo que la literatura y el arte. Estas dos afirmaciones bastarían para saber qué persigue *Argumentos en busca de autor*.

El libro de Bruno Mesa está dividido en tres partes muy definidas, pero no divorciadas entre sí. Una primera parte, «Premeditaciones», donde se incluye una serie de aforismos y cortos pensamientos sobre asuntos como la belleza, la vida, la poesía, el tiempo, el papel de la filosofía; una segunda parte, «Cuatro ensayos y una intimidad», donde se profundiza en las ideas anteriores interrogando a autores tan distintos como el mismo Rorty, Wittgenstein, Bertrand Russell, Julio Camba, Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Fernando Pessoa, Josep Pla; y una tercera parte, «Notas para una enciclopedia personal», una variante divertida y rigurosa de los diccionarios que en su día firmaron Voltaire o el mismo Bertrand Russell —al que tanto parece deberle Bruno Mesa—, donde se nos introduce en preocupaciones intelectuales más generales a través de los creadores y de los asuntos que han terminado por diseñar el pensamiento y la sensibilidad del ciudadano responsable de estas páginas.

Dice Mario Vargas Llosa que a todos se nos hace muy difícil traducir un placer emocional, como el que nos proporciona una buena lectura, en un acto racional, como el exigido por una presentación de un libro o por la impartición de una clase sobre una experiencia lectora. Y no he tardado nada en darme cuenta de la veracidad de la afirmación del escritor peruano. Había leído e informado el libro de Bruno Mesa, lo había subrayado con gusto, lo había usado en mis

meditaciones más recientes, pero cuando me veo en la obligación y el honor de darlo a conocer en público no consigo convertir la celebración que significó para mí el recorrido de sus páginas en la fiesta apetecida de su glosa.

Pero tratemos de intentarlo, porque, en verdad, esta obra nos parece una de las más abiertas al debate apetecido, al contraste de ideas, a la feliz identificación con lo mucho de lo que allí se dice. No nos es nada difícil convertirnos en el autor de esas páginas tal y como su creador nos sugiere —invitándonos al juego sugerente de confundir dos categorías vecinas: la de creador y la de autor—; no nos es nada difícil emular al Pierre Menard borgeano y reescribir *Argumentos en busca de un autor*: el título ya es una provocación para que adoptemos ese papel.

¿Cómo no estar de acuerdo con Bruno Mesa cuando se atreve a defender con tanta gracia como inteligencia una poesía asequible?:

«A ese no le saludes, ese novelista tiene lectores.  
¡Lectores! ¡Qué asco!

Y es que tener lectores en ciertos círculos o secas literarias es una carga más pesada que una conciencia limpia. El escritor que tiene lectores no es un escritor, piensan ellos. El poeta que puede ser entendido por cualquiera es un ser deforme y vicioso, una prostituta del lenguaje, y su descrédito como ser humano en estos círculos es absoluto.

Según Bruno Mesa, hay libros escritos solo para ser acogidos por departamentos universitarios de Filología y cuyo mérito mayor es no decir nada, el vacío, porque así deja el autor más espacio para que los estudiosos y los investigadores puedan apuntalar sus teorías y sus ensayos con una libertad absoluta. Entre aquellos autores que han antepuesto el lenguaje a su sentido, cita Mesa algunos prestigios: Mallarmé, como no podía ser menos; el Góngora de las *Soledades*; Valéry, el poeta, no el ensayista; Huidobro; Breton; Swinburne, Conrad Aiken...

Sin embargo, Bruno Mesa, pone en su sitio al poema cuando es solo una excusa para provocar un texto exegético superior: «El poema es autosuficiente o no es un poema». Y todavía algo más: «El poema ideal es aquel cuyo lector no es el mismo antes y después de su lectura. Esa página ideal debe ofrecernos una forma de ver el

mundo, pero debe ser también un lugar bello en sí, un recinto donde la verdad y la belleza se entiendan». Imposible no estar de acuerdo con todo esto. Como imposible no estar de acuerdo con algunas otras consideraciones, consecuencias de lo anteriormente denunciado: «Uno de los grandes logros del siglo veinte fue conseguir que la poesía no la leyera nadie, tampoco esos que se las daban de cultos y exquisitos. Como es de conocimiento público, los únicos lectores de poesía que han sobrevivido hasta nuestro siglo son los mismos que la escriben».

Todo el libro de Bruno Mesa parece impregnado por el laconismo y por una elegante ironía. Como ha planteado George Steiner, el epigrama, el aforismo, la máxima son los *haiku* del pensamiento, pues parecen condensar la mayor agudeza de inteligencia en el menor número posible de palabras. Las páginas de *Argumentos en busca de autor* exhiben esta refrescante fórmula de decirnos muchas cosas a base de pocas palabras. Y no solo eso. Como las literaturas postautónomas de hoy, de las que ha hablado la crítica argentina y profesora emérita de la Universidad de Yale Josefina Ludmer, esas literaturas que no evitan tomar la forma del testimonio, la autobiografía, el reportaje periodístico, la crónica, el diario íntimo..., la escritura fronteriza de Bruno Mesa se deja contaminar con gracia por muchos ámbitos: la literatura, cómo no, pero también la filosofía, la plástica, la música, la religión, la ciencia, la psicología...

¿A qué género del conocimiento pertenece el libro de Bruno Mesa? En el informe preceptivo que tuvimos que redactar en su día para que este libro fuera publicado no rehuimos la categorización: «aforismos/pensamiento/ensayo/diccionario temático». Esos dominios podían enmarcarlo, pero los saberes encerrados en *Argumentos en busca de autor* van mucho más allá. Y los placeres que nos depara también irían mucho más lejos. Placer al oír esta valiente definición del pacifista: «Por regla general el pacifista quiere la paz, pero antes que a la paz se quiere a sí mismo, y en esto no se diferencia mucho del resto de los mortales. Ama la paz, pero ama más tener razón». Placer al leer esta definición lúcida y breve del artista en general: «Un artista es alguien que no te escucha a menos que hables de

él». O esta otra sobre el matrimonio: «Una sociedad que se vanagloria de haber legalizado el divorcio es una sociedad madura que puede permitirse dar el siguiente paso: prohibir el matrimonio». O esta radical descalificación de la Historia: «El periodismo está hecho en buena parte de rumores, mientras que la historia está levantada sobre rumores y opiniones muy documentados sobre rumores. La única diferencia es que pasadas las décadas y los siglos a esos rumores que predica la historia se les llama hechos demostrados». O de cierta ecología fanática: «La ecología me parece una actividad estupenda, una verdadera filosofía de vida, pero practicarla más de una hora al día es peligroso para la salud mental del individuo. Uno puede terminar sufriendo pesadillas sobre hermosos ornitorrincos en peligro de extinción, queriendo desnudarse en invierno en mitad de cualquier plaza de Londres para protestar por los abrigo de piel, o con irrefrenables deseos de encadenarse a una verja de una central nuclear. Ya digo, más de una hora al día es peligroso».

Al margen de todas estas originalidades degustadas, el libro de Bruno Mesa contiene páginas de gran aportación al debate filosófico y literario de nuestros días. Dos ensayos sobre estas materias que nos han interesado particularmente son los dedicados a Wittgenstein (ese continuador del Platón de las *ideas o formas universales*, del Kant de la *razón*, del Wilhelm con Humboldt del *lenguaje como inventor del mundo*, que aquí Bruno Mesa obliga a decirnos otras cosas) y a los libros más amados de la biblioteca del autor de *Argumentos en busca de autor* en el ensayo-relato «Un país llamado tradición». En ambos textos, Bruno Mesa insiste en la necesidad de encontrar en la obra literaria algo más que lenguaje, una actitud ética que él descubre en su lectura de Sófocles, de Dante, de John Donne, de Cervantes o de Pessoa (sobre todo del Pessoa autor del poema «Tabacaria», tan estimado por Bruno Mesa y que hoy sería prohibido por las autoridades sanitarias de turno: «Não sou nada./Nunca serei nada./Não posso querer ser nada./À parte isso, tenho em mim todos os sonhos do mundo...»).

La lectura que Mesa hace de Wittgenstein nos exige que pidamos a una obra literaria no



solo brillo externo y puramente verbal, sino alguna defensa de algo, de alguna verdad filosófica o de alguna ley que predique y ponga en práctica. En esa aspiración coincide Wittgenstein con T.S. Eliot: todo autor debe suministrarnos algo en lo que creer o algo que discutir. Sorprende la juventud de Bruno Mesa si la comparamos con la sabiduría que despliega en este libro. Sorprende sobre todo la franqueza con la que ha sido escrita esta obra saludablemente híbrida, tan lejana de los prejuicios de los autores noveles, siempre esclavos de los lugares comunes de la cultura que transitan.

*Argumentos en busca de autor* es un libro que destila libertad, libertad de pensamiento y libertad de inscripción. La obra no pertenece a ningún género y pertenece a todos. Lo mismo da. Es escritura en primer grado. Meditación y verbo. Verbo y meditación. El hombre enfrentado una vez más al mundo y describiendo su estupefacción. No la estupefacción del habitante de las cavernas, por supuesto, sino la estupefacción del ser cultural, del *homo libresco* asediado en su sinceridad por tantos estereotipos, tantas atrofas y tanto dogma del intelecto políticamente correcto. Un libro que nos hace regresar a la inocencia, que nos obliga a releer a autores que siempre mantuvimos algo encasillados (al Unamuno

poeta, a Julio Camba, a Azorín...), que nos descubre viejas verdades arrinconadas por ciertas modas imperantes. Una mirada singular sobre la filosofía, la literatura, la música (del barroquismo coral de Henry Purcell al Mozart sinfónico, del revolucionario Satie a la danza de los derviches giróvagos); una mirada singular sobre la política, la economía, y lo que se le vino en gana a este Bruno Mesa que nos hace seguir creyendo en la potencia de los que vienen escribiendo por detrás.

Hace tiempo que teníamos su libro incorporado a nuestra biblioteca en formato mecanografiado, ahora ya lo tenemos en el formato que se merecía desde el principio y que La Caja Literaria ha hecho posible. Un libro sobre el que siempre será excitante volver y sobre el que hoy hemos hecho el esfuerzo de hablar, aunque lo que nos interese por encima de todo sea seguirlo leyendo y disfrutando con él en la intimidad de nuestras cavilaciones. Seguimos en la eterna contradicción del lector emocional y del presentador racional. Ustedes perdonen.

Juan Manuel GARCÍA RAMOS

RECIBIDO: octubre 2009

ACEPTADO: enero 2010